La fundación del convento de Descalzas de Beas de Segura (Jaén) en el contexto de su época. Historia e historiografía

Adela TARIFA FERNÁNDEZ
Instituto de Estudios Giennenses

I. Historia y sociedad en la época de Santa Teresa.

II. Ser mujer en el Siglo de Oro. La vida de las monjas.

III. Beas de Segura: aventura de una fundación en la Encomienda de Santiago.

3.1. *Beas en la época de Santa Teresa. La obra del P. Efrén Montalva.*
3.2. *Comentarios al Libro de las Fundaciones y al convento de Beas de Segura.*
3.3. *El convento de Beas en el libro de las Fundaciones.*

Santa Teresa y el mundo teresiano del Barroco,
San Lorenzo del Escorial 2015, pp. 123-140. ISBN: 978-84-15659-31-0

I. HISTORIA Y SOCIEDAD EN LA ÉPOCA DE SANTA TERESA

En 1515, cuando nace Santa Teresa, España como realidad política ni siquiera existía. Castilla y Aragón eran los dos reinos más poderosos, mientras Portugal aún se mantenía independiente. Aunque gobernados por el mismo monarca, aragoneses y castellanos se sentían extranjeros fuera de sus fronteras. Eso explica que para la Santa de Ávila la corona aragonesa quedara fuera de su proyecto reformador, gestado en el llamado Siglo de Oro. Una centuria con algunas luces, y muchas sombras. Seguramente se ha ponderado en exceso el Renacimiento español del XVI, época cargada de tópicos[1]. Hoy sabemos que a finales de este siglo la crisis económica española, prolongada largamente, era una realidad[2]. Porque los monarcas sucesores de los Reyes Católicos no administraron el imperio español demasiado bien. Guerras, corrupción, mal gobierno, y adversidades naturales, entre otros motivos, explican que en aquel poderoso imperio, donde no se ponía el sol, hubiera tremendos desequilibrios sociales[3].

Menos de 6 millones de habitantes contaba entonces España, de los que casi cuatro y medio vivían en Castilla, el reino más extenso, poblado y rico; dueño y administrador de los tesoros americanos. En él se estableció la Corte. Castilla fue pues la gran privilegiada, pero también la gran sacrificada

---

[1] Una obra de consulta general para la época, FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *La sociedad española del siglo de Oro*, Madrid 1974, 2 vols.

[2] Henry Kamen es uno de los historiadores que más insiste en buscar las raíces de la crisis del XVII en la última mitad de la centuria anterior. Se hace eco, por ejemplo, de las opiniones de los contemporáneos cuando consideran que la única época floreciente estuvo en el reinado de los Reyes Católicos: Fernández de Oviedo, Martínez de Mata, Sancho de Moncada o Fernández Navarrete encuentran claros signos de mal gobierno durante los años de Carlos I y Felipe II, en los que ubicamos la época de Santa Teresa, KAMEN, H., "El siglo XVII: ¿época de decadencia?", en *Historia 16*, nº 28, Madrid 1985, pp. 4-12.

[3] Para muchos su paso por la tierra se convertía en un calvario, esperando que tras la muerte llegara al fin el reino de la justicia. Sin el apoyo de la religión, abrumado el pueblo por miedos e inseguridades colectivas, la existencia de muchos súbditos sumidos en la pobreza hubiera sido más terrible aún de lo que fue, y mayores las revueltas sociales. Eso explica que en aquellos años la religión fuera el principal asidero, y que todo en la vida tuviera un simbolismo religioso, BENNASAR, B., "Los españoles y la religión en el siglo XVI", en *Historia 16,* nº 117, pp. 10-16.

de primeros Austrias, padeciendo con intensidad creciente la dura fiscalidad de unos gobernantes que abusaron de sus recursos al servicio de una política exterior muy ambiciosa, y de la idea universalista de Carlos V, que heredó su hijo Felipe II. Una época marcada por el drama de la escisión luterana, el Concilio de Trento y la Contrarreforma católica. Se gesta entonces una nueva espiritualidad entre las que cobra nueva vida la literatura ascética y mística[4], y gran preocupación por moralizar la vida del clero. Es en suma, un deseo de encontrarse con Dios, de lograr la salvación eterna desde nuevos modelos de santidad. No resulta pues extraño que proliferen en el Siglo de Oro español ejemplos de vida edificantes, destacando junto a Santa Teresa y San Juan de la Cruz y, los de San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, o Santo Tomás de Villanueva, por citar algunos. Como vemos, muchas de las figuras relevantes de esta centuria pertenecen a órdenes religiosas. En el caso que nos ocupa, la reforma carmelitana, la "desacalcez" era mucho más que un rito externo. Porque las ideas de Santa Teresa pretenden eliminar los obstáculos que impedían al alma la unión con Dios. Ideas ya plasmadas en libros como el *Abedezario Espiritual* de Francisco de Osuna, que tanto influyó en la reformadora abulense, escrito por un franciscano cuya fecha de muerte, hacia 1541, precede al despertar a la vida de san Juan de la Cruz, bastión fundamental de la reformadora teresiana.

Pero en esta intensa espiritualidad colectiva también hubo sombras. En ocasiones las masas poco cultas protagonizan exaltaciones piadosas que molestan a la jerarquía eclesiástica, proliferando videntes o beatas a los que se persigue si se desvían por caminos no oficiales[5]. También en ambientes cultos se sospechó de alumbrados y erasmistas, y de toda manifestación piadosa que se saliese de vías tradicionales, prohibidas en Trento determinadas lecturas; y la Biblia en lengua vulgar. La rigidez extrema, simbolizada en las actuaciones de la Inquisición, como expresa Bennassar[6].

En el plano demográfico desde mediados del XVI, cuando Santa Teresa daba los primeros pasos que conducirían a su reforma, muchas poblaciones pierden ya población, o se estanca su crecimiento[7]. Un buen ejemplo de ellos

---

[4] EGIDO, T., *Teresa de Jesús. Escritos para el lector de hoy,* Madrid 2009; TERESA DE JESUS, *Moradas. Poesías*, Zaragoza 1973.

[5] HUERGA, A., *Historia de los alumbrados de la alta Andalucía,* Madrid, 1978.

[6] Esto perjudica la espontaneidad en la vida religiosa hispana, aislada en cierto modo del exterior por miedo a la difusión de herejías, y controlada por los tribunales del Santo Oficio. Santa Teresa y San Juan de la Cruz, entre otros, padecieron los extremos de esta institución, que también frenó el avance de la ciencia y la cultura en el siglo de Oro. Como obra de consulta, BENNASAR, B., "Los españoles y la religión en el siglo XVI", o.c., y *La España del Siglo de Oro,* Barcelona 1983.

[7] NADAL, J., *La población española de los siglos XVI-XX,* Barcelona 1973.

lo vemos en la rica y populosa Medina del Campo, pese a su privilegiado comercio de lanas, hasta donde llegaba la familia de San Juan de la Cruz en 1551, buscando sobrevivir al hambre después del penoso peregrinar por Torrijos, Gálvez y Arévalo. Este santo, que entonces tenía solo 10 años, el hijo más pequeño de Catalina Álvarez y Gonzalo Yepes, había ha visto morir a su padre y sabía lo que era ser pobre. Por entonces la esperanza media de vida rondaba los 27 años, no solo a causa de una medicina atrasada, falta de higiene y enfermedades diversas. Porque la peor de las epidemias de entonces era el hambre[8]. La otra palabra maldita era la peste negra[9].

Precisamente en 1563, cuando Santa Teresa ha visto cumplido sus sueño con la fundación del convento de San José , en 1562, y San Juan se prepara para profesar en el convento de carmelitas de Santa Ana, convertido con 21 años en fray Juan de Santo Matía, comienza a extenderse otra epidemia de peste, desde Zaragoza a Castilla. Más y más años de enfermedad y hambre siguen en estas tierras castellanas hasta que la Madre Teresa muera en Alba de Tormes en 1582, y San Juan fallezca prematuramente en Úbeda, con 49 años. Al menos no fueron testigos de los estragos que causaría la epidemia de peste de 1595. Sí sintió el santo aquel terrible "catarro general" de 1580, que mató a su madre y dejó definitivamente maltrecha la salud de Santa Teresa. Ambos son testigos de una época en la que, como escribió Pérez Moreda, hambre y enfermedad se convierte en vocablos sinónimos para los

---

[8] El mejor ejemplo de pobreza en el A. Régimen lo encontramos en el mundo de los niños expósitos. La madre de San Juan de la Cruz atendió a algunos. Como obra de consulta general remitimos a MAZAS ZORRILLA, E., *Pobreza y asistencia social en la España moderna. Aproximación histórica. ss. XVI- XIX*, Madrid, 1989; También en EGIDO LOPEZ, T., La cofradía de san José y los niños expósitos de Valladolid (1540-1757)", en *Estudios Josefinos* (Valladolid), año XXVII, N°s 53-54 (1973), y a nuestras publicaciones sobre el tema. Entre otras: *Pobreza y Asistencia social en la España moderna. La Cofradía de san José y los niños expósitos de Úbeda (ss. XVII-XVIII),* Jaén 1994. *Marginación, pobreza y mentalidad social. Los niños expósitos de Úbeda (1665-1788)*, Granada 1994; "Mujer y trabajo en el antiguo Régimen: las amas externas de la Casa-Cuna de Úbeda", en *Actas del Congreso internacional "El Trabajo de las Mujeres, pasado y presente",* Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la mujer, de la Universidad de Málaga 1998, t. II, pp. 279-87.

[9] La presencia de epidemias de peste en tierras castellanas durante el XVI nos enfrenta con el drama de la muerte casi cotidiana. Entre 1505-7 hubo un brote, en coincidencia con años de escasez de alimentos. Vuelve la peste en 1518-24, y entre 1527-30. Luego, entre 1555-56, mientras San Juan de la cruz sirve en el Hospital de la Concepción, o de bubas, atendiendo a los enfermos y pidiendo limosnas para ellos, se recrudece el brote pestilente, señalando el historiador segoviano del siglo XVII Diego Colmenares que fueron 1556 y 1557 años de malas cosechas "causando general hambre en toda España", hasta el extremo de que el propio obispo ordena importar trigo y repartir comida entre los pobres para evitar muchas muertes, COLMENARES, D., *Historia de la insigne ciudad de Segovia (1637)*, Segovia 1970. Como obra general, PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en la España interior (ss. XVI-XIX)*, Madrid 1980.

hombres del XVI, vinculada así la muerte a la pobreza, en una mortalidad "socialmente diferenciada"[10].

Fue el siglo XVI un tiempo de más guerra que paz, a causa de la política universalista de Carlos V. Cuatro años después de la profesión de Santa Teresa, en 1541, las tropas españolas fracasaron contra los turcos, en Argel. El emperador, viejo y cansado, sentía que cada vez pesaban más en su contra la falta de recursos humanos y materiales. Luego, entre 1542- 45, otra guerra con el eterno rival francés Francisco I, sin lograr más que un nuevo derroche de vidas y dinero. Este año se vuelven a reanudar sesiones del Concilio ecuménico; el padre Bartolomé de las Casas denuncia el maltrato que reciben los indios americanos; Miguel Servet es ejecutado en la Ginebra de Calvino, y las tropas españolas en Alemania saben que han perdido su lucha contra los herejes luteranos, preparando la evacuación. Con la firma la paz de Augsburgo, en 1555, se consagrada la escisión religiosa de Europa; El joven Juan Yepes estudia entonces con los Jesuitas, alternando su formación humanista con el trabajo para ayudar a la familia. De allí saldrá en 1563 para hacerse carmelita, con "buen latín y retórica". Ese año Santa Teresa redacta *Las Constituciones* de su Orden descalza, aprobadas en 1565 por Pío VI. Ya entonces el rey Carlos había renunciado al trono (en 1556) en favor de su hijo, y vive retirado en Yuste, donde muere en septiembre de 1558. Ese año se organizan autos de fe en Valladolid y Sevilla.

Entre la década 1567-78 Santa teresa realiza nuevas fundaciones, y escribe algunas de sus grandes obras, como *Camino de Perfección (1562-64) y Las Morada* (1578). San Juan de la Cruz trabaja codo a codo con ella, como iniciador de la rama descalza masculina. Para el nuevo monarca a estas alturas habían acabado sus años felices: el año en que se funda el convento descalzo de Duruelo, en 1568, Felipe II ve morir a su tercera esposa y al heredero de la corona, el príncipe Carlos. El mismo año comienzan los disturbios en Flandes, y la guerra

[10] Muertes en parte discriminatorias, como sucedió en casa del santo carmelita sin duda. Así lo pone de manifiesto el profesor Teófanes Egido contrastando la presencia de la muerte en las familias de santa Teresa y san Juan de la Cruz: D. Alonso Sánchez de Cepeda, hidalgo de Ávila tuvo doce hijos, a los que pudo alimentar y cuidar, sobreviviendo 11 de ellos. La familia Yepes vio morir prematuramente al padre y a uno de sus tres hijos. De los siete sobrinos que tuvo el santo, hijos de su hermano Francisco, sólo sobrevive una niña. Él mismo nació en un año en que la langosta arrasó los sembrados, cuando las secuelas del terrible 1540 se hacían sentir. Por entonces Santa Teresa llevaba ya tres años como religiosa profesa, pero notaba los vicios de una vida religiosa demasiado relajada, que no cumplía todas sus aspiraciones como monja, unos de los tres estados previstos para la mujer dentro de la norma social imperante. Remitimos a nuestro trabajo "Estamentos, testamentos y mentalidad colectiva. Tres personajes del Santo Reino entre la vida y la muerte", en *El mundo de los difuntos: culto, cofradías y tradiciones,* San Lorenzo del Escorial 2014, pp. 967-984.

contra los moriscos sublevados en la Alpujarra. Más adelante, la bancarrota total de 1575. Ese año, negro para los Descalzos, llega a España el padre Tostado, con facultades de General de la Orden, convirtiéndose en terrible azote de los Carmelitas reformados. Pronto será detenido el Santo, por dos veces. En su segunda prisión, la toledana, de indecible rigor, compone la primera parte del *Cántico Espiritual.* Santa Teresa tampoco se libra del odio de los calzados, y de la inquisición. Aunque es justo reconocer que recibió apoyos, incluido el de Felipe II[11].

Entre 1578-88 el monarca español siente más que nunca el peso de la soledad: descubre la traición de su secretario Antonio Pérez, y las intrigas urdidas por la princesa de Éboli. Vana mujer, de quien Santa Teresa, con más intuición que el rey para captar la esencia del ser humano, supo alejarse a tiempo, renunciando a la fundación de Pastrana que los de Éboli habían patrocinado; Felipe II padece los asaltos de los piratas ingleses, y el desastre de la Armada Invencible, La incorporación de Portugal fue un éxito efímero, presto a desvanecerse con grandes costos para ambas partes. Cuando la crisis española no admite ya disimulos el Carmelo Descalzo vive una etapa de intensidad creciente. Pero las fuerzas de la Santa de Ávila se acaban. Morirá en 1582. San Juan de la Cruz sigue su senda: el Santo viaja incesantemente por tierras andaluzas. Funda, dirige espiritualmente, y continúa su producción literaria, antes de volver casi de forma definitiva a Castilla en 1588. Mientras tanto va despegando sus raíces con la tierra. Una de ellas se desprendió el día que muere su madre, en 1580. Precisamente ese año Gregorio XIII publica el tan esperado breve de separación entre Calzados y Descalzos, sin que eso ponga fin a los sufrimientos del Santo carmelita: enfrentado con el Vicario General Nicolás Doria por defender sus principios, soporta reveses y humillaciones, ofreciéndose voluntario en 1991 para pasar a México. La enfermedad le sorprende en el retiro de La Peñuela, y él elige Úbeda para morir en la media noche del 13 al 14 de diciembre. Las cosas en adelante no irían mejor para España, donde sigue imperando un modelo social regido por tres principios básicos: cuna, estado y riqueza. Aunque, como expresaba Cervantes en boca de Sancho Panza, "dos linajes hay en el mundo, el tener y el no tener"[12]. Porque con riqueza se podía incluso comprar aquello que en apariencia más valía: la limpieza de sangre, el honor, el poder y la honra. Con estas cartas en la mano ya quedaban abiertas las puertas que daban acceso al mundo de los Privilegiados, el paraíso terrenal para los hombres de aquella época. Respecto a las mujeres, la norma era más rígida aún en le época que le tocó vivir a Santa Teresa.

---

[11] Como obras de referencia remitimos a las obras de BENGOECHEA, I., *Las gentes y Teresa,* Madrid 1982; *La España del siglo de Oro,* Barcelona 1983, y *Andalucía por san Juan de la Cruz,* Sevilla 1991.

[12] ARCO, A. de, *La sociedad española en la obra de Cervantes,* Madrid 1951.

II. SER MUJER EN EL SIGLO DE ORO. LA VIDA DE LAS MONJAS

No exageramos al afirmar que en la época de Santa Teresa la vida era mucho más difícil para las mujeres que para los hombres. Las leyes les obligaban a vivir en un segundo plano de protagonismo social, siempre supeditadas al hombre, en permanente minoría de edad. Por eso es triste bucear en este complejo mundo de la condición femenina, e imaginar la vida de aquellas de quien fray Luís de León dijo: *"...cosa de tan poco ser es esto que llamamos mujer..."*. En este contexto histórico la labor realizada por la santa de Ávila cobra mayor dimensión, si cabe.

Durante siglos la mujer fue sujeto pasivo de la historia. Cuando se habló de ellas dando relevancia a su figura, se tendía a presentarlas como heroínas (Isabel la Católica, María de Padilla, o Agustina de Aragón), descritas sus vidas con rasgos épicos y exotismo, casi siempre acompañado de tópicos. Circunstancia que tuvo que ver en gran medida con el uso casi exclusivo de fuentes literarias a la hora de reproducir modelos femeninos. Fuentes que, siendo valiosas, no son desde luego las únicas. Por ello no extraña que algunos escritores de entonces dediquen a la mujer calificativos como estos: "naturaleza de mal pintada de color de bien", "puerta del diablo", "descubridora del árbol vedado", "leona que abraza", "tentación natural", "animal malicioso", etc., apoyándose en documentos de Tertuliano, Orígenes, Crisóstomo, o Máximo; ni asombrarnos de que en plena modernidad fray Hernando de Santiago llegue a echar la culpa a la mujer de casi todos los pecados que cometen los hombres. Se insiste en que la mujer es inferior al hombre en todos los aspectos, físicos en intelectuales, y se les achacan todos los vicios imaginables, torpeza, avaricia, lujuria, vagancia, y capacidad de mentir; tesis en la que insisten novelistas como Cervantes, Mateo Alemán y Quevedo, por citar algún ejemplo[13]. Por fortuna hoy la historiografía busca nuevas vías de información, y la va encontrando en fuentes notariales (testamentos, cartas de dote), eclesiástica (documentación conventual, expedientes matrimoniales del obispado...), inquisitorial, amén de lo que nos cuenta el Derecho[14].

Si indagamos algo por el camino legislativo, volvemos a encontrar la raíz de la marginación femenina. Así, al situarnos en la época de Santa Teresa, vemos que siguen vigentes normas bajomedievales, y que todas ellas inciden en mostrar a la mujer, como alguien dijo muy acertadamente "entre la imbecilidad y

---

[13] CORONAS TEJADA, L., "La mujer giennense en la Edad Moderna", Discurso de ingreso en el IEG, Jaén 1994.

[14] Para una visión general del tema, TARIFA FERNÁNDEZ, A., *Poder y marginación en España. La mujer entre el Antiguo y el Nuevo Régimen* (Conferencia inaugural IEG), Jaén 2000.

la torpeza". Por ello se les niega capacidad jurídica para toda decisión que suponga riesgo, se les retira el derecho a tutelar a los hijos, y se las subordina al varón, padre, hermano o marido, otorgando a éstos facultad para castigar a la mujer. Eso explicaría que la mujer, por ser una carga para el hombre, necesite llevar dote, pero que no se la considere capacitada para administrarlo, por su menguada razón. Y eso justificaría que la ley sea tolerante con ella para ciertas faltas menores, siempre que no atenten al código del honor. Porque la mujer, que no poseía nada, era sin embargo depositaria de la honra de la familia. Si fallaba en punto tan importante, el castigo era durísimo. Así lo recogen, por ejemplo los Fueros de Baeza y de Úbeda, negando a la mujer condición de vecina si no depende de un hombre, normas vigentes todavía en el siglo XVI, sólo que empeoradas[15]. En este contexto se entienden mejor las dificultades que tenían la mujeres para ganarse la vida con su trabajo. Ningún oficio lucrativo les era lícito. Como mucho hilaban, tejían, eran panaderas o lavanderas, pero sobre todo criadas. Situación que fue peor en el siglo de Oro[16].

Además también se les limitaba el acceso a la cultura. Se las considera torpes para aprender, llegando algún escritor, como el Huarte de san Juan, a negar el beneficio de que la mujer reciba algún tipo de instrucción, al estar dominadas

---

[15] PESET, y GUTIÉRREZ CUADRADO, *El fuero de Úbeda,* Valencia 1979. Una buena síntesis sobre la vida de la mujer en la época de Santa Teresa la encontramos en la citada obra sobre la Sociedad del siglo de Oro de Fernández Álvarez. El autor insiste en los agravios que padecían las mujeres, y nos aproxima a textos de escritores de la época. Recoge, por ejemplo, la opinión de Luís Vives, cuando aconseja usar dureza en el trato a la mujer, porque ella "… *no se siente cohibida más que por el miedo...*", aclarando que no se la deje salir de casa, pues son seres "*... flacos,... y no es seguro su juicio, y muy espuestas a engaño...*". Más duro se muestra fray Luis de León, escribiendo en *La Perfecta Casada* cosas como esta: "*... porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa…*". Por ello, después de escuchar esto, nada extraña que en pleno siglo del Renacimiento un anónimo caballero cristiano, al volver de Turquía destacara como cualidad de aquellos hombres"… *el poco aprecio que hacían a sus mujeres…*".

[16] En los fueros de Úbeda y Baeza se mencionan bastantes labores remuneradas en el campo (vendimiadoras, aceituneras, sarmentadoras...), y participación en actividad gremial diversa (tejedoras, cardadoras, hiladoras, olleras,, pellejeras, veleras, calceteras, sombrereras..), amén de un número considerable de mujeres en el sector terciario (pescaderas, carniceras, especieras, nodrizas, herboleras, amas de llaves, tenderas...) y de las que se ocupaban de trabajos funerarios (limpiar y preparar cadáveres, organizar duelo..), funciones que con frecuencia asumían las beatas, a cambio de donativos en ropa o alimentos. Todo esto fue cambiando en la E. Moderna. Así lo ponen de relieve los magníficos trabajos de Alice Clark, publicados en 1920, destacando el progresivo declive de la presencia femenina en gremios, especialmente en España, hecho que guarda relación tanto con la nueva mentalidad como con factores económicos y demográficos: a más mano de obra y mayor crisis económica, menor demanda de mujeres, quedando en desamparo absoluto las doncellas y viudas pobres. De eso supo mucho la madre de san Juan de la Cruz, mujer horada que vio morir de hambre a uno de sus hijos y tuvo que buscar cobijo fuera del hogar a los otros.

por "humores fríos" que echan a perder su parte racional. Afortunadamente no todos los moralistas, ni todos los padres, pensaban así. Desde Erasmo a Tomás Moro, pasando por Vives, se defiende la educación de la mujer, aunque insisten en la educación femenina debe supeditarse a labores del hogar, prioritarias siempre, y caso de recibir enseñanza intelectual, se aplique a la mujer con mucha severidad, y se use del castigo físico si se considera oportuno. Todos insisten en que se las eduque para que estén calladas; que se las enseñe a leer, pero sólo libros piadosos[17].En definitiva, durante el siglo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz algunas mujeres llegaron a tener cultura elevada, aprendiendo latín y griego; pocas sabrían leer y escribir; y la mayoría, como la Sanchica Panza del Quijote, se limitaban a "la aguja y almohada": a hacer encajes y bordados, ganando unos pocos maravedís para su ajuar. En este contexto, figuras como Santa Teresa de Jesús y María de la Cruz, monja cultísima, escritora y fundadora del convento de Descalzas de Úbeda, son excepcionales[18]. Lo que entonces estaba de moda es lo que escribió Lope de Vega, en su obra B*oba para sí y discreta para otros)*:" *Más quiero boba a Diana\ Con aquél simple sentido\ Que bachillera a Teodora……\Lo que ha de saber es sólo\Parir y criar sus hijos".* Pocos años más tarde María de Zayas, con tristeza, decía lo contrario: "Si en nuestra crianza, como nos ponen el Cambray y las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuésemos tan aptas para los puestos y cátedras como los hombres, y quizás más agudas*... "*[19].

En un buen trabajo de la historiografía reciente sobre la mujer realizado por la profesora Vigil[20] podemos conocer lo que la sociedad estamental del siglo XVI espera de las mujeres. Tomando como referencia el *Libro de los Estados* de D. Juan Manuel, la autora analiza la mentalidad colectiva de los tres estados femeninos: de Doncella, Casada y Monja. Nosotros nos detendremos solo, de forma somera, en el de las monjas.

Se ha escrito bastante sobre la vida de las monjas en el siglo XVI. Sabemos que todavía en la época que nos ocupa había padres que llevaban a sus hijas al convento sin pedirles su conformidad. Esta costumbre fue siempre condenada

---

[17] Así lo expresa Juan de la Cerda en su obra *Vida política de todos los estados de las mujeres*, aunque caritativamente aclara que no deben golpearlas en la cabeza "… *sino en las espaldas con alguna verdasca, porque dize Salomón que la vara es medicina para la locura de las niñas...".*

[18] MORALES BORRERO, M., *El convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda y el Carmelo femenino de Jaén. María de la Cruz. Su vida y su obra,* Jaén 1995, 2 ts.

[19] ZAYAS Y SOTOMAYOR, M., *Novelas ejemplares y amorosas, Ed. de A. Gallardo,* Barcelona, 1986. VASILESKI, I., *María de Zayas y Sotomayor: su época y su obra,* Madrid 1973.

[20] VIGIL, M., *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII,* Madrid 1998.

por la Iglesia pero se practicaba. También sabemos que algunas mujeres buscaban refugio en el convento huyendo de matrimonios impuestos, hecho que no pasó desapercibido a Santa Teresa de Jesús, quien, con su sinceridad habitual nos cuenta como Dña. Elvira de Guzmán entró en La Encarnación "...porque su madre le había querido dar esposo que ella no quería...", y que vivía allí muy feliz. Pero no era lo corriente. También la Santa eligió ser monja y escapó de su casa para ello. Ya dije que entonces se vivía una época de intensa espiritualidad. De otro lado es posible que la vida conventual fuera la que más liberó a la mujer de una sociedad que la marginaba, elevada la monja a categoría social superior a la doncella y equiparable a la casada[21].

Antes de la reforma del Carmelo la vida de los conventos permitía muchos contactos con el exterior a las monjas, dándose el caso de convivir con ellas, en régimen de internado, algunas niñas, doncellas o viudas, que encontraban allí protección. Estas situaciones, ya rechazadas en Trento, volvieron a prohibirse por el papa Sixto V en 1589, a la vez que se insistía en que no hubiera profesiones de jóvenes menores de edad (16 años), y se garantizara la libre voluntad de ingreso. En todo caso el convento reflejaba los esquemas sociales de la época, y, aunque se hicieran votos de obediencia, castidad y pobreza, en este último punto surgían conflictos por las grandes diferencias sociales de las monjas que profesaban. Fue algo que pesó mucho en la reformadora carmelita, y que marcó el futuro de las nuevas fundaciones de Descalzas, basadas en un ideario de oración y sacrificio. Éste fue el ambiente que conoció Teresa de Cepeda, una mujer valiente que luchó por hacer visibles a las mujeres y dignificarlas[22]. Su vida, relatada en primera persona, refleja perfectamente una época intolerante y dura[23].

---

[21] Una visión general en DE PABLO MAROTO, *Historia de la espiritualidad cristiana,* Madrid 1990.

[22] La vida de las monjas estaba sujeta a horarios que combinaban trabajo y rezo. El trabajo se regulaba estrictamente, asignando a cada monja funciones específicas: ropera, sacristana, tornera, encargada de la huerta, enfermera, cocinera, maestra de novicias..., etc. La priora o abadesa representa la máxima autoridad en el convento, asesorada por tres clavarias, que llevan la contabilidad y custodian las llaves del arca y los archivos. En su jerarquía se contemplaban monjas de velo negro, encargadas del rezo de horas canónigas, y las de velo blanco, que no tenían que ir al coro. Las precariedades de la mayoría de conventos, por la pérdida de rentabilidad de sus inversiones, y dotes inferiores a los establecidos para el matrimonio, por debajo del gasto de cada monja, obligaban además a ciertos trabajos manuales para el exterior, realizando las monjas labor de aguja o dulces para ayudar a su manutención.

[23] Santa Teresa vio cómo se arruinaba su padre, víctima de la obsesión por la hidalguía y por borrar su pasado judío; como envejecía prematuramente su madre, mujer de muchas virtudes, dice la santa, "… *grandísima honestidad..., con ser harto hermosa...*", y que, tras traer al mundo doce hijos, murió con 33 años. Aunque la familia no pasó hambre, las circunstancias obligaron a varios hermanos a alistarse en el ejército, o hacer "las Américas" para prosperar. Lectora desde la infancia, se dejó llevar por aquella literatura que hablaba de caballeros

Esta monja, contemporánea de beatas y alumbradas, aunque relate algunos arrobamientos místicos, está lejos de ellas, porque sus obras demuestran que tuvo siempre los pies en la tierra. Su hábil y peculiar lenguaje de apariencia antifeminista, en el que tras cada paso adelante pide perdón exclamado "soy mujer flaca y ruin", "esconde una estrategia de feminismo que reclama el derecho de la mujer a poseer una vida espiritual tan intensamente vivida como la del varón. El mismo lenguaje sutil que usa para lamentar que la censura le quitase sus libros en romance, y que se vuelve reivindicativo cuando recuerda como Cristo tomó partido a favor de la mujer, y cuando dice que el mundo las tiene acorraladas y les impide "*... hablar algunas verdades que lloran en secreto...".* Por eso, para comprender la mentalidad de entonces, conviene adentrarse en la lectura de las obras de Teresa de Jesús[24]. Particularmente en *El Libro de las fundaciones.* Esta obra será una de las fuentes documentales que utilicemos para finalizar esta comunicación, junto a la obra del Padre Efrén.

III. BEAS DE SEGURA: AVENTURA DE UNA FUNDACIÓN EN LA ENCOMIENDA DE SANTIAGO

3.1. *Beas en la época de Santa Teresa. La obra del P. Efrén Montalva*

El 14 de diciembre de 1993 fui recibida por la priora del convento de Beas de Segura, en el locutorio. Esta visita me la facilitó un sacerdote, ya fallecido, entonces capellán de las monjas. No olvidaré esta experiencia conventual, por la amabilidad de la superiora, y el ambiente que allí se respiraba, sujeto este convento a la norma antigua, de la Madre Maravillas. Pude ver alguna carta de San Juan de la Cruz, y volví a casa con un libro que me regaló la Priora, *Beas y Santa Teresa,* excelente obra del P. Efrén J. M. Montalva[25]. Lo leí entonces. Y lo recupero ahora para esta comunicación escurialense.

---

andantes, de santos y mártires: cuenta que y soñó, desde niña, con el martirio, en tierras de moros. Su alfabetización temprana le abre al mundo en aquellos libros escritos en romance, y la aproximan a Dios. Las penurias económicas de aquella familia venida a menos debieron hacer mella en el frágil cuerpo de la joven Teresa. Siempre muy querida por el padre, éste la lleva a un convento que debería ser casa de salud y reposo, pero que a punto estuvo de costarle la vida por "*... las curas tan recias…*" a que la sometían, de las que cuenta escapó milagrosamente. Aquí lee el Abecedario Espiritual del Padre Osuna, libro que le impresiona y que marcará su vida. Tras su fuga clandestina al monasterio de la Encarnación de Ávila, vive allí la etapa más larga de su vida. Después vendrá la Reforma, y las nuevas fundaciones, que comenzaron el 24 de agosto de1562, cuando se traslade al pequeño monasterio de san José, que tuvo la ayuda de los donativos que desde América le mandaba su hermano Lorenzo. Fue el desafío de un puñado de mujeres en la Castilla inmovilista que gobernaban los hombres.

[24] VV. AA., "Santa Teresa de Jesús y su época", en *Historia 16*, nº. 110, Madrid 1985.

[25] P. EFRÉN MONTALVA, J. M., *Beas y Santa Teresa,* Ed. De Espiritualidad, Madrid 1975.

El prólogo de la obra es una síntesis magistral que pone al lector en el contexto del reinado de Felipe II, refleja la vida de un pueblo de la encomienda de Santiago, el poder de ciertas familias hidalgas en la Corte, y las muchas dificultades que tuvo que superar la Santa de Ávila para llevar a buen puerto esta fundación, "el primer convento que se fundaba en los feudos de la Orden de Santiago". Como dice el autor, esta experiencia fue para la Santa "una trampa, por la curiosa situación jurídica de aquella villa, "que si bien era del reino de Toledo y provincia de Castilla, eclesiásticamente estaba supeditada a las diócesis de Andalucía...". Mas, cuando en "aquellos días Sta. Teresa se negaba a toda nueva fundación". Pero recibió presiones para acceder a la demanda de Dña. Catalina Godínez, familia oriunda de Salamanca, con gran poder en la Corte. Para reconstruir el relato central de este libro recurre el autor al "descubrimiento de este manuscrito, dormido cuatro siglos en El Escorial, y que con gran paciencia y no menos cariño hemos descifrado y transcrito puntualmente…". Un relato que, según el P. Efrén, es excelente y meticuloso, basado incluso en testimonios de tradición oral, recogido de un original del Escorial "que llena 60 folios muy apretados". Sin embargo reconoce que "no carece de mutilaciones o alteraciones notables que no podemos achacar a los autores del relato".

Señala el Padre Efrén ciertas inexactitudes que pudo encontrar en el citado documento, incluida la interpretación etimológica del nombre de la villa, que no deriva de "Belleza", sino de "Villa vieja", pues tiene un origen musulmán. Son también interesantes las referencias geográficas sobre la ubicación de la villa, que justifican el "extravío que sufrió Santa Teresa en su viaje hasta esta población" sobre lo que volveremos. Aporta datos muy valiosos sobre diversos lugares en los que la comitiva que venía a fundar tuvo que hacer parada forzosa para descansar, caso de la venta de Sancho Rodríguez de Sandoval -la llamada hoy "Ventilla"-, hermano de las Godínez, mecenas de la fundación de Beas.

En el documento se realiza un retrato socioeconómico y demográfico de la Villa en la época de la fundación del convento, poniendo de relieve que Beas era una localidad próspera, con muchos molinos de aceite y harina, productos agropecuarios, e industria de paños, los "mejores de la comarca". Dice que el lugar tenía hasta 45 casas con escudo de armas y título de hidalguía "por sus relevantes servicios a la Corona de Castilla", lo que explica los fueros se disfrutaban. Aparte da interesantes detalles sobre su gobierno, costumbres y devociones, como la advocación de la iglesia parroquial a su patrona "Nuestra Señora de Gracia", aunque hoy lleva el título "de la Paz".

Pero lo que más interesa a nuestra comunicación son los datos que aporta sobre la nueva fundación de monjas Carmelitas, que coincide con el año del manuscrito, 1575. Los informes sobre este tema fueron aportados por el propio

hermanos de las fundadoras, Sancho Rodríguez, afirmando al respecto que "son las dichas monjas, de presente, número de nueve monjas, e llevan dote las monjas que ha recibido, a cuatrocientos y quinientos ducados…tienen congrua sustentación, porque tienen un cortijo que les renta cien fanegas de trigo e ducientos ducados, o tres, de renta. Yten, la casa e iglesia, en alguna manera bastante, aunque se va edificando para más ennoblecimiento de dicha iglesia. Está conjunto o cercano dicho monasterio de la dicha iglesia, donde tienen abiertas ventanas, con rejas e velos, que gozan de las misas e sacrificios e sermones que en la iglesia parroquial se hacen…".Dato éste último más que relevante para constatar el poder que tenía la familia de las fundadoras. Porque estas ventanas a la iglesia provocaron ciertos pleitos; pero acabó por imponerse su voluntad, para que las dos hermanas profesas pudieran estar cerca de la tumba de sus padres, que tenían capilla funeraria del linaje en dicha parroquia. Todos estos datos son apenas un breve apunte de la interesante "Historia de Beas", que rescató de la biblioteca escurialense en P. Efrén, divulgándola en este libro[26]. En la segunda parte de la obra el autor se centra en la fundación realizada allí por Santa Teresa, con detalles que no se recogen en el libro de *Las Fundaciones*, e interpretaciones de sucesos ya conocidos pero no siempre bien explicados. Detalles nada tangenciales de la aventura vivida por estas monjas en las remotas Sierra de Segura, cuando Santa Teresa tenía ya 60 años.

Dado que no es posible en una comunicación extenderse fuera de la norma, animo a los estudiosos del tema a la lectura de esta obra del padre Efrén, especialmente en la segunda parte del libro. Más de diez páginas intensas, plagadas de datos, y documentadas con fuentes de la época, epistolares y de otro tipo, que relatan la historia de las fundadoras, las presiones sobre Santa Teresa para fundar en este pueblo serreño; las infinitas vicisitudes y disgustos que esta fundación le causó, con episodios de alto interés referidos al convento de Salamanca, los trámites previos a la fundación en Beas, y en increíble viaje realizado desde Malangón hasta Beas, saliendo la comitiva el 14 de febrero de 1575 a las siete de la mañana, por el camino de Daimiel y Manzanares, hacia la encomienda de Santiago, que empezaba sus dominios en La Membrilla, cuyo "gobernador residía en Infantes, cabeza del Campo de Montiel". Iba la Santa con alta fiebre en ese frío febrero, necesitando algún auxilio y reposo en los infernales mesones que se encontraban al paso. Su penoso recorrido por La Solana, hasta Torre de Juan Abad, jalonado de percances, culmina allí con la búsqueda de guías que las condujesen por los pasos de Sierra Morena. Hubo parada de la comitiva el miércoles en la iglesia parroquial de Santa María de los

[26] Remitimos a F. Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, "Las relaciones topográficas de Felipe II: Índices, fuentes y bibliografía", *En Anuario Jurídico Escurialense* (San Lorenzo del Escorial), XXXVI (2003) 441-574.

Olmos, para recibir la ceniza, ya con la esperanza puesta en la proximidad de Beas, de la que distaban siete leguas. Luego llega el relato de camino equivocado que tomaron, que estuvo a punto de costarles la vida, despeñados; relato que recogió una de las protagonistas, Ana de Jesús, explicando como en la postrera jornada de Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino de manera que no sabían por dónde iban. Las monjas se encomendaban especialmente a San José, en su desesperación, hasta que, tras dos horas perdidas en la montaña, recuperaron la ruta, y entraban en Beas el 16 de febrero, donde "Recibiolas todo el pueblo con gran solemnidad y alegría y procesión…Hasta los niños mostraban ser obra de que se servía nuestro Señor". Así entraron en la iglesia parroquial. El relato sigue, con capítulos dedicados a la presencia allí del Padre Gracián, la gran labor espiritual realizada en Beas por San Juan de la Cruz, y a los nuevos sinsabores que hubo de padecer Santa Teresa por esta fundación, en "la trampa de Andalucía"; una persecución contra este convento prolongado hasta después de muerta la madre Teresa[27]. Pero nosotros cambiamos ya la fuente de información, para seguir con unos breves apuntes sobre el *Libro de las Fundaciones,* y referencias a Beas de Segura.

3.2. *Comentarios al Libro de las Fundaciones y al convento de Beas de Segura*

Como expone el padre Teófanes Egido, en su excelente prólogo de la obra que nos ocupa[28], "la historia redaccional del libro de la *Fundaciones* no tiene las incertidumbres de otras obras teresianas". Se sabe que lo empezó a escribir en Salamanca en 1573, por mandato del confesor Jerónimo Ripalda, como continuación de la crónica fundacional primera, la del convento de San José, recogida en el libro de la *Vida.* Había fundado ya siete conventos. Acabó la obra en Burgos en verano de 1582, poco antes de su muerte. La primera edición de la obra es de 1610. En Amberes. Pero para entonces ya era famosa porque se habían realizado numerosas reproducciones manuscritas, ante la demandada de su lectura. Sería imposible hacer un comentario exhaustivo a sobre los aspectos que nos interesan para este breve trabajo. De él extraemos solo unas breves pinceladas, que se cierran con detalles sobre la fundación del convento de Beas.

---

[27] Esta obra contiene también interesantes apéndices, que aportan datos a la obra fundacional de la Santa de Ávila., entre las páginas 169-175.

[28] TERESA DE JESÚS, *El libro de las Fundaciones,* edición facsímil, Madrid, 1995. Prólogo de Juan Alberto Belloch, e introducción de Teófanes Egido. *La vida de la Madre Santa Teresa de Jesus* (y algunas de las mercedes que dios le hizo, escrita por ella misma), Ed. Austral, Madrid 1980; *Moradas sobre los cantares. poesía*, Clásicos y ensayos, Zaragoza 1973. Este libro me lo regalo el Padre Teófanes Egido en una visita a Úbeda. Dejo constancia aquí de mi agradecimiento por su larga amistad, su ejemplo de vida, su sabiduría, y el apoyo que siempre me prestó desde que nos conocimos cuando formó parte del tribunal de mi tesis doctoral en la Universidad de Granada en 1991.

Como se sabe, Las fundaciones que realizó Santa Teresas centraron en la Castilla interior, con la excepción de dos andaluzas: Sevilla y Beas de Segura. En ello pesaron factores económicos y evitar conflictos con otras órdenes. Comenzaron en Ávila y Medina del Campo, en 1567, y finalizaron en Valladolid en 1568. Hubo nuevos conventos femeninos reformados en vida de esta monja en Toledo, Segovia, Sevilla, Salamanca, Palencia, Soria, Malagón y Pastrana, que se frustro por injerencia de la princesa de Éboli. También fundó en Alba de Tormes, Beas, Villanueva de la Jara y Caravaca. En muchos de ellos tuvo el apoyo de mujeres ricas, aunque en el día a día estos conventos padecieron precariedad para sus primeras monjas. Teniendo en cuenta cómo eran los viajes entonces, se comprende que la vida de Santa Teresa se acortara por las penalidades que sufrió, acrecentado ello por los disgustos que recibía de jerarquías eclesiásticas. Hubiera deseado fundar convento en Madrid, pero no llego a verlo.

Un aspecto que nos interesa mucho es lo que la obra refleja sobre la mentalidad del momento, especialmente en lo relativo a la vida de las monjas. Por ejemplo en el primer capítulo, sobre la fundación de Medina del Campo, destaca Santa Teresa como grandísima virtud de sus monjas la de la obediencia ciega[29]. Estas actitudes femeninas de docilidad, normales en la época, no sólo para las monjas, contribuían a anular el libre discernimiento. Otra manera de aislamiento y de mermar la capacidad crítica era dar mucha importancia a la virtud de buscar la soledad, considerada camino hacia el recogimiento interior la santa explica que sus monjas llevaron esto a tal extremo que consideraban un tormento la visita de los familiares. La única visita siempre bien recibida era la de los confesores, que influían mucho en ellas. Surge así una contradicción, porque de un lado se trata de luchar en los conventos contra el temido mal que la fundadora llamaba "melancolía", que no era otra cosa que una depresión o histeria, pero de otro se adoptan normas que la favorecen[30]. Esto no afecta a

[29] Allí puso a prueba a una de las novicias ordenando que plantara en su huerta cierta verdura -"Cogombro"- casi podrida. La hermana, que era a decir de la santa de "*las de mejor entendimiento y talentos que alli avia"*, no puso menor objeción a tal disparate y se limitó a preguntar si debía plantarla "alto o tendido".

[30] Para el tema de las mentalidades de aquella época resulta de gran interés el capítulo VII de esta obra, dedicado a lo que debe hacerse con las monjas que tienen melancolía de forma permanente. Afirma que de este mal proceden bastantes casos de "amortecimiento", por ser tantas "*las invenciones que fabrica este humor*". Un mal, dice, contagioso, y que conduce a muchas monjas, de condición "blanda" a un agujero. Insiste en que el demonio puede estar detrás de este mal. Pero dicho ello, da consejos magníficos para prevenir tales actitudes en los conventos, que conducen a la locura a veces. Aconseja a las prioras que no se anden con las melancólicas con paños calientes, sino con firmeza, pues "*no se han de salir con todo ni con nada de lo que quieren*", dado que muchas aprovechan tal excusa para encubrir fallos propios y *"y mirar faltas en los otros"*. Es tan tajante en este punto que considera que las más recalcitrantes deben ser

personalidades como la de Santa teresa, aunque se acusara tantas veces de ser ruin y flaca de entendimiento. En este aspecto la Santa acierta al dar algunos consejos.

Por ejemplo, advierte sobre la obsesión con la "substancia en la oración perfecta", dado que esa búsqueda constante de perfección podría generar insatisfacción al no lograrse siempre la unión mística con Dios que se persigue[31]. También alerta a sus monjas de que no todas sus imaginaciones sobre esta unión mística sean reales, pues "*el alma no es el pensamiento ni la voluntad… por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho*". En este contexto en cuando escribe que "*entre los pucheros anda el Señor"*. Son muchas las advertencias que hace en esta obra a las monjas, particularmente a las prioras, para caminar hacia la perfección. Con frecuencia les avisa de que muchas se refugian excesivamente en la soledad porque eso es lo más cómodo para vencer al diablo, pues una persona "*siempre recogida... no sabe si tiene paciencia y humildad... como si un hombre fuese esforzado ¿cómo se ha de entender si no se ha visto en batalla?* Teresa de Jesús alerta constantemente sobre arrobamientos excesivos y falsos que consume el cuerpo y arruina el alma. Aconseja en este punto a las prioras para que repriman estos comportamientos, y acaben con "*estos pasmos tan largos; que no son otra cosa… sino dar lugar a que se tullan las potencias y sentidos…"*, obligándolas a dejar ayunos y disciplinas excesivas, que a veces conducen a falsos "amortecimientos" y visiones imaginarias, pues en *"lo bueno hemos menester talla y medida, para no dar con nuestra salud en el suelo..."*[32].

---

recluidas y alejadas de las demás todo el tiempo preciso, hasta que rectifiquen sus actitudes egoístas, cuando se sabe que no es un caso de "locura confirmada". Que no las crean, aunque *"se estén deshaciendo en lágrimas entre sí mismas*", porque en esos estados *"vendrá el demonio a hacer un estrago*", y, si no se corta este mal, con el tiempo es casi imposible remediarlo.

[31] La mayor aspiración de una monja era ser regalada con la presencia divina. De hecho se considera como normal que se le dirija la divinidad en primera: son muchas las frases textuales que santa Teresa pone en boca del Señor cuando está en oración, con mensajes como éste: "*Espera un poco hija mía y veras grandes cosas"*.

[32] Su sentido didáctico aflora siempre, ejemplificando con casos que ha visto o escuchado sobre monjas tan sometidas a ayunos y disciplinas que terminaron enfermando gravemente, de cuerpo y mente. Algunas mujeres, por ejemplo, eran adictas a la Comunión, perdiendo el sentido si no lo hacían a diario. En algunos casos tras comulgar, caían al suelo y se quedaban así muchas horas "*pareciéndole a ella y a todas que era arrobamiento*". Contaba el caso de una monja que padecía tal problema y que mejoró cuando mandó su confesor que le quitasen sus excesos en ayunos *"y la hiciesen divertir",* lo cual parece a la santa muy lógico, dejando claro que era una persona de gran capacidad psicológica. Pero no todas las mujeres se curaban de estos excesos con facilidad: en la obra cuenta que esta especie de adicción a la Comunión la padecían bastantes mujeres tenidas por devotas en sus lugares. Uno de estos casos fue de tal gravedad que cuando fray Pedro de Alcántara se negó a darle la comunión en tal estado, la mujer entró en cólera, y murió por el disgusto. Claro ejemplo de histerismo y fanatismo.

Aconseja que el mejor remedio para tal asunto es aplicar rigor, doblegarlas con la obediencia, y ocupar a las afectadas en "oficios". O sea, que trabajen más, porque estas mujeres, en su mayor parte "*tienen la imaginación flaca"*[33]. Llega incluso a aconsejar dieta para estos casos: que no coman mucho pescado, alusión a las vigilias, y que sus ayunos no sean tan fuertes como en las demás monjas. De igual interés en el tema que tratamos resulta el contenido de otro capítulo que dedica a las revelaciones y visiones. Santa Teresa toca este tema con mucha cautela, y ve gran peligro en alentar estas cosas entre las monjas. Es más, considera blasfemo abusar de apariciones de ángeles o crucificados, pues muchas de tales visiones son, en su criterio, obra del demonio. Pone ejemplos concretos que ha conocido, lo que prueba que esto era algo frecuente[34]. Sin duda, en la vida de la Santa, que tantas ocupaciones hubo de afrontar, no caben tales debilidades mentales. Los episodios que relata sobre lo que costaba levantar cada nuevo convento, sometida a fríos intensos, rigores veraniegos, durmiendo el suelo, con escasa alimentación, no dan tiempo a tan prolongado arrobamiento místico ni levitación. En su vida esto fue algo puntual De hecho, le preocupaba tanto el tema de la salud física y mental de sus monjas, que insiste en estas cuestiones en diversos capítulos de esta obra[35].

3.3. *El convento de Beas en el libro de las Fundaciones*

Para finalizar, señalo detalles curiosos que esta obra relata sobre la fundación de Beas de Segura, uno de los conventos que más disgustos le dieron a la Santa de Ávila, y en el que no tenía demasiado empeño inicial. Su fundación se realizó el día de san Matías de 1574 gracias al mecenazgo de dos hija del matrimonio formado por Sancho Rodríguez y Catalina Godínez, llamadas Catalina y María. La primera ya quería ser monja a los catorce años, cuando, según este relato, tuvo una revelación al mirar un Crucifijo. La chica, que "*no era inclinada a casarse,*

---

[33] En este punto es bastante reiterativa: las monjas que se "regalan" en exceso con la oración y el alejamiento, a veces pecan de "envanecimiento" creyéndose superiores a las demás. Pone ejemplos que conoce de mujeres que se pasaban ocho horas diarias rezando, "*que todo les parecía arrobamiento... y luego se dejaban a si mismas... y así, poco a poco, se podrán morir o tornar tontas si no procuran el remedio …*"

[34] Por ejemplo, mujeres que decían que la Virgen se sentaba en su cama todos los días para hablarle durante más de una hora, haciendo vaticinios de lo que sucedería, eran tan comunes que muchos confesores tuvieron que poner freno a *"estos desatinos y engaños*". Resulta claro pues que esta santa no estaría de acuerdo con actitudes similares propias de beatas y alumbradas

[35] En el que dedica al monasterio de san José de Salamanca, en 1570, aborda de nuevo el asunto de "la mortificación". Aconseja a las prioras que haya equilibro entre mente y cuerpo, pues a algunas les gustaría *"que todo fuese rezar*", y fuerzan en exceso a sus monjas a la penitencia: cuanta el caso de una priora que obligaba a todas las monjas a darse disciplina diaria, y "*siete pasmos penitenciales con oraciones, y cosas de esta manera... Cuando sería mejor que se fuesen a dormir*". Frase que no necesita comentario.

que le parecía cosa baja estar sujeta a nadie", tenía una conciencia tan escrupulosa que este pensamiento le parecía pecado de soberbia. Sus escrúpulos la indujeron a hacer mucha penitencia, prometiendo a Dios ser siempre pobre y casta. Por lo demás, según relata la Santa, la conversión de esta muchacha estuvo rodeada de sucesos sobrenaturales, incluida la presencia del demonio, hasta que tomó el hábito a los diecisiete años. En este caso las actuaciones de esta muchacha de Beas nos recuerdan las de ciertas beatas: no nos parece muy normal que se autolesionara, que tratara de desfigurarse el rostro tomando mucho el sol, o que entrara el corral de la casa para mojarse allí la cara, con el fin de no atraer a pretendientes. Tampoco las duras disciplinas a que se sometía esta criatura, que no dormía para no parar de rezar. Precisamente santa Teresa explica que si se excedía en penitencias es porque *"no tenía quien la gobern*ase" hasta que profesó. Decía esta chica que el diablo la tentaba constantemente. Finalmente enfermó.

Al fallecer el padre, que se oponía a que Catalina fuese monja, ella y su hermana, apoyadas por la madre, ingresaron en el convento de Beas. Fue difícil conseguirlo porque la enfermedad crónica que padecía la joven era un impedimento: "*havia casi ocho años que no se movía de la cama. Tenía acalentura continua... thifica, hidropesía, con un fuego en el higado, que le abrasaba... de suerte en aún sobre la ropa... le quemaba la camisa... tenía también gota artetica y ceatica...".* Así cuenta la Santa sus múltiples dolencias, y que la sangraron más de quinientas veces. Luego llegó el milagro, que la hizo sanar de golpe, según testimonio de los médicos que la atendieron durante ocho años, teniéndola por incurable, porque "*echaba sangre por la boca tan podrida que decían eran ya los pulmones*". El propio rey Felipe II hizo gestiones para que este monasterio, llamado san José del Salvador, ubicado en la encomienda de Santiago, se fundara. Al fin Catalina y su hermana pudieron ingresar en él. Un convento que visitaría pronto San Juan de la Cruz.

Acaso este relato de la fundación en Beas es el que más recuerda la mentalidad de otras monjas imbuidas por la idea de lo milagroso. En realidad santa Teresa recibió estas noticias por vía indirecta, pues pasó poco tiempo en Beas, aunque se hizo eco de relatos de monjas "ejemplares" de otras fundaciones, caso de la de Sevilla. En todo caso, lo que predomina en este libro es el sentido común y la falta de fanatismo religioso. Porque Santa Teresa pisaba la tierra, por mucho que haya pasado a la historia con la imagen que de ella hizo el genial Bernini cuando, con el Barroco, soplaban con más fuerza los aires de la Contrarreforma[36].

---

[36] Para el estudioso que deseo conocer en con más detalles la historia del Carmelo descalzo en Jaén, le remitimos a la obra ya citada del Profesor M. Morales Borrero. Dedica un capítulo a Beas de Segura, y al archivo conventual.